

Ilustración

MARIANA MARTINELLI

(Artista plástica contemporánea, nacida en Mendoza, Argentina)

Esta artista, nacida en Mendoza y egresada de reconocidas escuelas de Bellas Artes, como los Institutos “Prilidiano Pueyrredón” y “Ernesto de La Cárcova”, ha tenido una fecunda tarea que la llevó a la obtención de premios nacionales y en el exterior. Mariana Martinelli conjuga un profundo conocimiento de la técnica en el manejo de los conceptos fundamentales del arte con una disrupción de la forma en un entramado en que la ideología existencial se manifiesta en toda la extensión de la obra que ha desarrollado. Es una clara exponente del atesoramiento de una madurez exquisita en la luz y el color, aunados ideológicamente a las propuestas de las vanguardias de las últimas décadas.

EL ARTE ES LA REPRESENTACIÓN DE LAS BATALLAS POR LAS CONTINGENCIAS HUMANAS

En su ruptura con la tradición en el arte, las corrientes vanguardistas llevaron a una crisis que implica preguntarse ¿qué es el arte? Esta pregunta trascendental en nuestros tiempos sobre el acto más sublime del hombre obliga a detenerse en su análisis. El arte es diferente a la codificación que establece el ser humano. Distinto al conocimiento y a la experiencia, surge de una conciencia exenta de inhibiciones. Sin temores. En este aspecto, se retrotrae al mismo vanguardismo en el inicio del dadaísmo. Si bien el grito del subconsciente parte también del hombre, también lo lleva a una geografía extraña a ese mismo hombre rutinario, a esa mezcla de instinto superior e irracionalidad desinhibida. Adorno creía que al arte le importa la verdad. Sin embargo, deberemos asimilar que el arte es el sentimiento muchas veces lejano de la verdad racional que constituye el hombre con sus códigos y conveniencias. Con sus intereses.

El arte tiene un efecto simbólico, comunicativo, no representa solo una escena estética. Se yergue como una provocación de la íntima sensibilidad ante el descreimiento humano por la razón, o mejor dicho, por la razón insuficiente o interesada. Sofisma de la modernidad.

Es una realidad nacida casi independiente del desarrollo evolutivo humano. El hombre de las cuevas tenía una necesidad artística primigenia, simultánea a la evolución del conocimiento y de la experiencia. El arte apareció mucho antes que la palabra escrita que daría inicio a la historia. Esta trasmisión del sentir



“Luces Y Sombras”

no puede interpretarse como sentido estético, pero sí de una requisitoria nacida en el mismo origen que el de la cultura. Esto le permitió expresar los símbolos que constituyeron la palabra del alma. A través de la estética y la belleza, el espíritu se evidencia en todo el esplendor del ser. El arte se abre a las inquietudes más profundas del ser humano, a aquellas que no encuentran asidero en la condición mundana, entregando su onirismo, imaginaciones y propósitos. Lo cierto es que, en lo profundo de esta actividad, subyace una búsqueda imperiosa de identificar al sentimiento y de hallar la satisfacción ante la contingencia existencial. Es una expresión que da paso a lo sensitivo, al dolor, al requerimiento de la emoción. El arte traduce la emoción. Su lenguaje a partir del vanguardismo con la incorporación de técnicas como el cine y la fotografía es múltiple. Esto ha motivado un quiebre con lo tradicional. La necesidad del artista se ha vuelto puramente emocional, tiene su génesis en su ser, en su declamación que supera la contingencia mundana alejándose de la codificación que establecen los hombres sobre la Tierra, hasta llegar a ser su sufrimiento testimonial, en una alianza que viene desde los tiempos más ancestrales, paralelo a su desarrollo cognitivo y religioso.

Lo que logra el arte es liberar al hombre de sus ataduras, tanto externas como las nacidas en su propio ser. Se erige en su lenguaje para traducir las más íntimas sensaciones. Su onirismo. Ante la discrepancia con



"Variación"

las contingencias mundanas, la expresión artística es abrupta en su declamación y logra un efecto subversivo e intolerante que emerge con un discurso reaccionario. El arte es desobediencia a las normas y sistemas. Su devenir es siempre la fractura de su propio lenguaje, una denuncia sobre la interpretación a la observación de la existencia, aunque no parece rozar las contingencias existenciales. En la modernidad, el arte ya no se pregunta por lo técnico sino por su efecto en establecer un grito de condena a la mediocridad del hombre. Lo reprimido, prohibido, oculto y en oportunidades desconocido, asoman en el arte configurando a veces una necesidad no comprendida.

¿Hay racionalidad en el arte? La respuesta es que parte de un mandato de la razón que se inmiscuye rápidamente en lo sensitivo y del cual emerge con un lenguaje sorprendente. Alejado de lo mundano, en la marejada de la sensibilidad más inestable e impensada, exenta de toda inhibición "a priori". El arte emite calladamente. La percepción del que lo observa representa su aspecto confrontante en otra sensibilidad, en otra necesidad. En este punto establece una comunicación entre los hombres que adolece de rumbos definidos,



"Los Miedos"

navegando en la amplitud de una brújula herida. Entre artista y observador no hay un trazo o un lenguaje preconcebido. Es un enigma que se resuelve a nivel emocional. El artista confronta su experiencia sensible, sus propósitos, con el ideario del observador. De esta confrontación emerge el gusto por la obra, no un juicio. Se dirime el placer que establece la visión del que observa con la emoción del que crea.

El vanguardismo estableció una subversión con lo tradicional. Si bien en épocas pretéritas puede hallarse velada la condena que implica el arte, a partir de la modernidad funciona como disparador de la insatisfacción actual del hombre. Para Derrida el arte enciende en la razón una crisis. Turbulencia que obliga al replanteo de lo existencial desde lo mundano. Si el arte antiguo describía la realidad y sus circunstancias, el arte actual cuestiona esta razón, y pone al hombre en crisis al plantearse su validez. Confronta con la verdad a través del sentimiento, que parece ubicarse en el sitio de lo absoluto. Este ángulo de observación hace de la creación artística un juez de lo cotidiano. Condena y eleva. No solo contempla, sino que acomete como un acto de justicia nacida de la voluntad sensitiva, a mitad de camino entre el instinto y la racionalidad.

El arte muestra una nueva visión del universo, ya no a través de la suficiencia de la razón sino por el

camino de la insatisfacción que deja el sentir. Es la rebeldía contra lo establecido por la codificación de la vida que establece el hombre. Busca una comprensión diferente en el mundo, constituyéndose en el legado del artista. Por su parte, el observador ocasional no se detiene en una acción contemplativa e indiferente, sino que explora la posibilidad de una crítica, respuesta, gusto, placer. Adorno y Liessmann lo definen como “extrañeza del arte hacia el mundo”.

El arte muestra una perspectiva caleidoscópica. Su imagen se profundiza con la conciencia que la observa a partir de la visión original del autor. Su descomposición en cada mente, en cada momento, vuelve a convertir a la obra en una bitácora esquiva, al arbitrio de la pasión que devuelve una interpretación diferente a la de su origen.

Toda obra amenaza a la razón golpeando con su sentir. El arte enciende un estímulo hacia la comprensión de la existencia. Sus propósitos pueden ser tan

diferentes como un ensalzamiento de ella o una descarnada crítica. En todo caso nunca pierde su carácter de riesgo indisimulado.

La pintura de Martinelli no se protege detrás de ningún progreso racional o interesado. Busca en la naturalidad del sentir. Lo sensitivo prima con sus formas generadas desde el orden cultural. Su arte evidencia un estado de ánimo, una intención de explorar la existencia con el puñal de la sensibilidad. Por eso no es equiparable a la sistematización que establece el hombre en su convivencia con un inadecuado desarrollo. El arte no evidencia idea de progreso u orden. Toda obra de arte debe representar un riesgo para la estabilidad del hombre quieto, inmóvil, desprovisto de azar en su rumbo.

Jorge C. Trainini